

BIBLIOTECA DE ZEA

LOS REPIQUES DE UN SACRISTAN.

I.

A orillas del Maipo i en la falda de una montaña se alza un pueblecillo, que parece a lo léjos una perla perdida entre el césped.

Desde la altura en que está situado se dominan las verdes campiñas que se extienden a su alrededor i se divisan a la distancia las caprichosas ondulaciones del rio.

Las casas del pueblecillo se agrupan, como los niños en torno de su madre, al rededor de la iglesia parroquial, que parece prestarles seguro arrimo bajo su sombra.

Esos edificios no son suntuosos templos levantados a la vanidad, ni palacios-cárceles de marmóreos estucos, sino pobres i sencillas viviendas, ventiladas, aseadas i rodeadas de preciosos huertos i jardines. En sus habitaciones circula libremente el aire en los calorosos dias de verano, penetra el sol en el invierno; i junto con estos dos elementos de vida, el bienestar, la salud i la felicidad!

Es encantador todavía ese pueblecillo porque allí no ha penetrado el lujo que corrompe los corazones, ni la impiedad que marea las inteligencias.

Sus habitantes son buenos, honrados i obsequiosos.

Con tan buenas partes aquel lugarejo vale mas en buena plata que una ciudad orgullosa i opulenta.

II.

Frente a frente de la iglesia parroquial i entre muchas otras hai una casita, blanca como la leche i alegre como la primavera. Entre esta casita i el templo hai un camino i una plaza como potrero, que mide una cuadra por cada uno de sus cuatro costados. En uno de ellos está la parroquia, en otro la escuela pública, la

casa del subdelegado en el tercero i la modesta casita en que me ocupó en el cuarto.

Corrian los últimos días del mes de diciembre de 1857 cuando llegaba yo al pueblo i me bajaba de mi caballo en la puerta de esta última, henchido el corazón de entusiasmo i el pensamiento de risueñas ilusiones.

La cosa en verdad no era para ménos. Acababa de dejar el colejo, en donde habia permanecido encerrado durante un año, i tenia delante de mí dos meses de vacaciones, esto es, dos meses de juegos, de alegrías i de placeres; dos meses de felicidad que, segun a mí me parecia, no habian de terminar jamas.

No fué así sin embargo, porque el triste Miércoles de Ceniza llegó, como llega la edad madura, la vejez i la muerte, cuando ménos pensaba, i hube de bajar a la tumba.... del colejo (que no otra cosa era para mí) llevando conmigo la primera pesadumbre de mi vida, los primeros desengaños que experimenté i pagando al dolor las primicias de lágrimas que mis ojos vertian al volver la vista a lo que dejaba i al considerar lo que me esperaba.

Al apearme de mi caballo vino hácia mí el fiel Palomo, expresando su alegría por medio de brincos tales que casi me echó por tierra.

El pobre perro fué el primero que salió a recibirme, favor que le agradezco todavía i que en ese momento empeñó toda mi gratitud.

Despues llegaron los demas i comenzaron a saludarme, a abrazarme i a dirijirme una retahila de preguntas sin órden ni concierto.

Paso en silencio lo demas de esta primera escena de vacaciones, recordando solo un incidente que no he podido olvidar.

Yo no me habia distinguido mucho en el colejo por mi buena conducta i aplicacion, i aunque habia salido bien en todos mis exámenes, mis maestros me repetian con frecuencia estas dos fatales palabras: *pereza, flojera*.

Sucedió, pues, que pasados los primeros momentos de entusiasmo, sentí llegar a mis oídos esta pregunta:

—¿Cuántos premios te has sacado?

—¿Cuántos premios?....

—Sí, hombre. ¿Cuántos premios te has sacado este año?

—¡Vaya al diablo la pregunta! dije yo entre mí, no sabiendo que contestar.

—¿I qué premios queria Ud. que me sacase? repliqué, amostazado.

—¡Me gusta la respuesta! exclamó mi inflexible interrogador.

—¿Qué premios! ¡qué premios! ¿Acaso no has estado estudiando una porcion de cosas?

—Sí, señor, he estado estudiando muchas cosas, pero....

—¿Pero, qué?

—Los premios no se han repartido todavía.

—Acabáramos.

El bochorno que sentí durante este diálogo, i la vergüenza de haber mentido fueron mayor castigo para mí que los guantes i los encierros del colejio.

Con esto se dió por terminado el asunto de los premios, i yo me escabullí, temeroso de verme comprometido en otro lance de este jénero.

Desde la puerta divisé a los niños de la escuela que en ese momento salian de clase i que divididos en bulliciosas tropas saltaban i corrian por la plaza.

Yo pensaba entónces que esos niños eran mas felices que yo, porque vivian en sus propias casas i gozaban de una libertad incomparablemente mayor que los que pasan diez meses del año entre las cuatro paredes de un colejio de Santiago, separados de sus familias i léjos de las verdes i alegres campiñas que les sonrieron en su primera edad.

Poco asiento encontraron en mí, sin embargo, estos lúgubres pensamientos. Interrumpiólos la llegada del señor cura, sujeto mui respetable por quien tenia yo una veneracion que rayaba en miedo. Era este señor eclesiástico un hombre, de regular estatura, un poco gordo i de ceño agrio. Se le tenia por un sacerdote ilustrado i de talento i lo era en realidad. Habia obtenido la parroquia por oposicion a los veintidos años de edad, cuando aun no habia recibido las sagradas órdenes. Miéntas las recibia tuvo que nombrar un reemplazante. Era lo que se llama todavía *cura colado*, esto es, vitalicio.

No tengo mas noticias de este sacerdote, cuyo nombre no pasará ciertamente a la historia, por mas que haya quedado impreso en los corazones de los desgraciados a quienes consoló i de los pobres i aflijidos cuyas lágrimas enjugó.

I para hacer justicia a su memoria, es necesario decir que aunque era su voz áspera i desabrida i su mirada severa, tenia un buen corazon i un carácter jeneroso.

Cuando estuvo cerca de mí, me dijo, acariciándome las mejillas:

—¿Cómo estas, niño?

—Bien, señor, le contesté.

I sin decirme otra cosa, pasó adelante.

En pos del señor cura venia otra persona de mi mas íntima confianza i a quien queria yo mucho mas: el sacristan.

Con el sacristan quedéme yo conversando por largo tiempo, todo el tiempo que duró la visita del señor cura.

III.

El pueblo, como ántes he dicho, se alza sobre la falda de una montaña i a orillas del rio.

¡Cuántas veces, acompañado de mi buen amigo el sacristan, trepé, con la ajilidad propia de los pocos años, sus escarpadas laderas, para irme a sentar en su cima!

¡I que magnifico espetáculo se contemplaba desde allí!

Al rededor de nosotros se extendia un horizonte inmenso, limitado a lo léjos por las cumbres de los cerros, entre las cuales se alzaban majestuosas las nevadas cordilleras de los Andes.

Desde allí tendiamos nuestra vista sobre el pueblo que se perdía casi entre los árboles, a semejanza de un nido de pajarillos entre el tupido ramaje. La llanura aparecia en toda su extension como un tablero de ajedrez, dividido en casillas irregulares de colores diferentes, formados por los lindes de los potreros i de las hijuelas. A nuestros piés se deslizaba el rio en caprichosas curvas, haciendo brillar sus aguas, heridas por el sol. I sobre nuestras cabezas mirábamos un cielo tan puro i trasparente que al mas hábil pintor se le caeria el pincel de las manos contemplándolo.

El pobre sacristan, cuya igrancia era supina, hasta el punto de no saber leer ni escribir i cuyas dotes intelectuales se hallaban al nivel de su igrancia, sufria, sin sospecharlo, el infijo que ejercen sobre nuestro espíritu estas maravillas de la naturaleza.

¡Con que gusto llegaba, jadeante de fatiga, a sentarse sobre el mas elevado peñasco, i con que satisfaccion me mostraba el espléndido cuadro que nos rodeaba!

Pero ya es tiempo de presentar a mi compañero. Ignacio Camus (así se llamaba el sacristan) tenia algunos puntos de afinidad con Cuasimodo, el campanero de Nuestra Señora de Paris.

Pocas veces he visto un hombre mas feo. Su talla era mediana, su abdómen prominente, su cabeza grande, i sus piernas i brazos sumamente cortos.

Me parece verle aun con su nariz ancha i aplastada, sus ojillos apagados, su boca enorme, sus mejillas abultadas i unos cuantos pelos esparcidos al acaso sobre su cara i su cabeza. Con tan malas partes, el buen Ignacio tenia, sin embargo, un corazon excelente, era humilde i servicial como pocos, i sencillote como ninguno.

Su edad, difícil de calcular, no bajaría de sesenta años.

IV.

Ignacio Camus era conocido a diez leguas a la redonda. Desempeñaba su oficio de sacristan con cierta vanidad, con cierto desenfado verdaderamente curioso. Cuando reprehendia las faltas que solian cometer los muchachos en la iglesia, las cuales consistian en quedarse dormidos sobre las gradas del presbiterio cuando el señor cura predicaba largo, o en conversar o mirar há-

cia atras miéntras se verificaban los oficios, solia decir que él era la segunda autoridad eclesiástica del pueblo. Pero cuando estaba verdaderamente en su cuerda, era en las procesiones. Ignacio Camus salia revestido de sobrepelliz llevando la cruz alta i entonando con voz gangosa el *Te Deum*. ¡Ai de aquel que, en aquellos momentos, no guardase el órden i la compostura debidos!

En cierta ocasion marchaba cantando las letanías. Una doble hilera de fieles seguia en pos. Uno de los acólitos se tomó la libertad de hablar con su compañero a tiempo que el señor cura cantaba:

—*Santa María.*

Indignado el sacristan exclamó entónces en alta voz:

—¡Cállate pícaro!

Para componer i arreglar altares i vestir santos nadie ganaba la palma a Ignacio Camus. Su destreza i habilidad en estas materias eran legendarias. Ya se ve, habia nacido, como los antiguos levitas, en las gradas del templo, i, en la parroquia del pueblo, habia desempeñado, por mas de cuarenta años, el empleo de sacristan.

Todavía se conserva la memoria de una gran procesion de Viérnes Santo en que salieron dos o tres *andas*, una de las cuales representaba el Santo Sepulcro. Ignacio Camus habia desplegado con este motivo un talento maravilloso. Faltaban los elementos indispensables para acomodar el sepulcro de Cristo, pero el sacristan supo proporcionárselos. Pidió prestado un catre de palo a uno de los vecinos, fórrolo en blanco lienzo i acostó en él al Señor Crucificado que se veneraba en el único altar de la iglesia. Cuatro robustos mancebos cargaron sobre sus hombros aquella pesada máquina que hizo su marcha triunfal por la plaza en medio de un numeroso concurso. Tres dias despues ponía el sello a su inventiva haciendo figurar, sobre otra anda vistosamente engalanada, la imájen de San José en lugar del Señor Resucitado, del cual carecia la pobre parroquia.

El sacristan de mi pueblo era hombre que, como se vé, no se ahogaba en poca agua; para él, como para el gran Napoleon, la palabra "imposible" no existia en el diccionario. Repetia con frecuencia que para todo habia remedio, ménos para el mal de la muerte.

En cuanto a latines, se creia una autoridad. Era de ver como manejaba el buen hombre el Misal i el Breviario. Se sabia de memoria, por su puesto, casi todos los oficios, pero los recitaba a su manera, esto es, trastrocando todas las palabras i mutilándolas horriblemente.

Cuando rezaba las letanías, por ejemplo, decia: *dominus aurea* entre otros disparates de mayor i menor calibre; i no fué poco el trabajo que se tomó el señor cura para convencerlo de que no debia decirse *dominus aurea* sino *domus aurea*. Ignacio Camus insistia en su manera de decir, alegando que le sonaba mejor al

oído. Sus traducciones del latín eran curiosísimas. Recuerdo haberle oído la siguiente:

El texto decía:

“Misericordiæ tuæ, Domine, plena est terra.”

I el sacristán traducía:

“Tu misericordia, Señor, está llena de tierra.”

V.

Terminaba el año de 1817 i con él la dominación española representada, en aquellos días, por el brigadier jeneral don Francisco Marcó del Pont, presidente de Chile.

El desastre de Rancagua había traído a la naciente república días de luto i de desolación infinita.

Los patriotas que habían podido huir, dejando atrás el victorioso ejército de Ossorio, habían cruzado los Andes, buscando un asilo contra la opresión.

Los demás habían sufrido la dura ley del vencedor. El país no estaba sometido sin embargo. La causa de la independencia esperaba días mejores que no tardaron en llegar con el puñado de valientes que a las órdenes del heroico San Martín, traspasaron las cordilleras i se coronaron de gloria en las alturas de Chacabuco.

Los restos del ejército español quedaron deseminados en el territorio, emprendiendo contra los patriotas la guerra de sorpresas i montoneras con que aquellos habían molestado al gobierno de Marcó del Pont.

Dejábanse caer a veces, en lugares ásperos i solitarios, sobre jentes indefensas, en las cuales vengaban su pasada derrota. En otras ocasiones asaltaban los pueblos desprovistos de guarnición para tomar en sus habitantes las más crueles represalias.

Estos cuerpos de guerrilla, que sostenían la causa realista, convirtiéronse muy pronto en hordas de bandidos ansiosos de pillaje i de sangre.

La historia recuerda indignada las tristes hazañas de los Benavides i de los Pincheiras que durante mucho tiempo sembraron el terror i el espanto en las comarcas del sur.

VI.

Era el día 7 diciembre de 1817.

La tarde estaba hermosísima.

El sol acababa de ocultarse sobre las montañas que limitan el valle en que está situado el pueblo donde tuvieron lugar los acontecimientos que voy narrando.

Ancha franja de luz se extendía en el occidente, sobre las empinadas cumbres.

La llanura estaba engalanada con su verde ropaje.

Divisábase el modesto campanario de la parroquia entre el follaje de los árboles.

En una de las casas del pueblo estaban de fiesta.

Oíase salir de su recinto el ruido de voces i de risas.

En efecto, debajo de un hermoso parron, veíanse unas cuantas personas, en alegre charla, i, sobre una mesita toscamente labrada, habian un vaso de buena chicha i una bandeja de dulces.

La reunion se componia de cuatro mujeres i dos hombres. Uno de éstos, como hasta de cuarenta años, tenia envuelto el brazo izquierdo en un lienzo i pendiente del cuello por medio de un pañuelo. El otro, jóven de veinte años, desempeñaba en ese momento el papel de Ganimedes, pasando un vaso a una de las mujeres, la cual se negaba a recibirlo.

—¿No ves, Ignacio, le dijo el del brazo vendado, que la Ambrosia está enojada contigo?

—Aunque se enoje, contestó el del vaso, tengo de ir a la guerra. ¡No faltaba mas! Cuando todos los hombres del pueblo van a defender la patria, ¿me habia yo de quedar aquí, tocando las companas?

—Cada uno en su oficio, amiguito. Ud. no ha nacido para soldado, sino para sacristan.

—Cierto, dijo la Ambrosia, tiene razon don Antonio. Ya ves lo que ha sacado él de la guerra: un brazo ménos, i esto, librando bien.

—I ¿qué es un brazo en comparacion de la patria? replicó el sacristan medio entusiasmado, talvez no tanto por el humo de los combates, como por el vapor de la chicha.—¿No está allí el señor cura que tambien ha peleado contra los godos?

—Hombre, el señor cura no ha peleado contra nadie; fué solo capellan del ejército patriota.

—Capellan o capitán lo mismo da. ¿No me recibe el vaso, Ambrosita?

—Lo recibo, Ignacio, si te dejas de *lesuras*.

—Está bien. Me quedaré en la parroquia, ya que tú lo quieres.

La niña tomó el vaso i lo apuró en seguida, mientras que el sacristan gritaba con todos sus pulmones:

—¡Viva la patria! ¡vivaaaaa.....!

Un momento despues Ignacio Camus se dirijia a la parroquia, i sin ceremonia de ninguna especie se echaba sobre su cama, i roncaba a mas i mejor, olvidándose de repicar las campanas, como era de su deber, en la víspera de un dia de fiesta de los mas solemnes que celebra la Iglesia.

Aunque ésta era la primera falta que cometia el sacristan en

el desempeño de su cargo, bien se ve a cuantas otras está expuesto el que abusa de la bebida.

No obstante, conviene advertir que por ser aquel día el cumpleaños de Ambrosia no era tanta la culpa del pobre mozo.

VII.

Mientras dormía Ignacio Camus i otro tanto hacían el cura i sus feligreses, un grupo numeroso de hombres armados caminaba hácia el pueblo.

Aquella era una banda de montoneros o mas bien de facinerosos, a las órdenes de un desalmado.

Su intencion era manifiesta: apoderarse del pueblo, saquear sus habitantes i marcharse en seguida.

La cosa no era mui rara en aquellos tiempos.

Las doce de la noche serian cuando los bandidos llegaban a los arrabales del pueblo, al que creían pillar de sorpresa.

No sucedió así, por fortuna.

Un pobre huaso que divisó a lo léjos i entre las sombras de la noche a los silenciosos montoneros, se encaminó de prisa a casa del subdelegado i le contó lo que habia visto.

El subdelegado no halló que hacerse.

En el pueblo no habian mas que cinco o seis hombres sin armas, i los enemigos pasaban de cuarenta i bien armados.

Se puso el caso en conocimiento del cura.

El tiempo volaba i en un instante mas los bandidos estarian en la plaza.

¡No habia salvacion posible!

De repente se oye el mas sonoro de los repiques en el campanario de la iglesia.

El ruido de las campanas llenaba los ámbitos del pueblo i repercutia a gran distancia por el valle.

El que las tocaba parecia dominado de una extraordinaria vehemencia i manifestaba tener el pulso robusto i firme.

—¡Expléndido! soberbio! magnífico! vociferó el cura, poseido de entusiasmo.—¡Viva mi sacristan!

El subdelegado estaba mas muerto que vivo, i creyendo que el cura se volvia loco le miró con tamaños ojos.

—¡Así me gusta! ¡Aunque se rompan las campanas! gritaba el sacerdote, aplaudiendo con ámbas manos, al notar que el repique continuaba con nueva furia.

—El diablo me lleve si entiendo lo que pasa, murmuraba el subdelegado, olvidado casi de la montonera i del inminente peligro que corrian todos en aquel instante.

Las campanas comenzaron, por fin, a apagar sus clamores poco a poco, hasta perderse en el espacio sus últimas vibraciones.

—¡Cuando yo afirmaba que mi sacristan vale un Perú, exclamó el cura, bien sabia yo lo que decia.

—Pero, señor, yo no comprendo, dijo el subdelegado.

—I sin embargo, la cosa es bien clara, replicó el cura. Mi buen Ignacio ha dado valientemente la señal de alarma desde su campanario, i el enemigo que creia sorprendernos, ha visto frustrados sus negros propósitos. Casi, casi me atrevo a asegurar que en este instante se retira en vergonzosa fuga, creyendo que el pueblo está guardado por un verdadero ejército

El subdelegado iba a contestar, cuando entró en la habitacion el hombre que habia traído la noticia del asalto i que habia ido a observar nuevamente los movimientos del enemigo.

—I bien ¿qué hai? le dijo el cura.

—Lo que hai es que esos facinerosos van *de arrancada*, como ánima que lleva el diablo, respondió el huaso.

—¡No lo decia yo! exclamó el cura. ¡Viva la patria! ¡Viva mi sacristan!

VIII.

Falta ahora explicar el misterio de los repiques i la explicacion es bien sencilla.

A la misma hora en que la banda de guerrilleros se preparaba para entrar al pueblo, Ignacio Camus despertaba sobresaltado i se acordaba que no habia tocado los repiques de estilo en la víspera de la gran fiesta de la Inmaculada Concepcion.

Sin volver enteramente a su acuerdo i sin pararse a averiguar la hora en que se encontraba, subió a su campanario i comenzó a dar recio a las campanas como para indemnizarse por el tiempo perdido.

Así fué cómo sin pensarlo, ni saberlo, fué el salvador de las vidas i de las fortunas de los vecinos del pueblo, de quienes recibió al siguiente dia, cuando todos supieron lo que habia pasado, la mas espléndida ovacion.

Mujeres i muchachos gritaban de voz en cuello:—¡Viva el sacristan! ¡Viva Ignacio Camus!

J. RAMON BALLESTEROS.



¡4 DE MAYO DE 1875!

Dejadme del dolor entre las sombras,
Triste como el recuerdo del olvido,
Calmar mi corazon adolorido;

¡Ai! dejadme llorar.

¡Era madre! Volaba su existencia
Dejando en pos la dicha del hogar;
Primicias de candor i de inocencia
A Dios envió, tranquila la conciencia,
Serenos el corazon ante el pesar.

¡Murió! ¡ya duerme el sueño de las tumbas!
Acerbo i doloroso es mi quebranto;
Me duele el corazon... ¡la amaba tanto
Cuanto se puede amar!

Yo cantaré llorando su memoria,
Yo lloraré para poder cantar;
Mi esperanza perdida e ilusoria
Cual víctima inocente i expiatoria
Sobre su tumba triste irá a expirar

Porque la amaba como se ama al justo,
Porque era tierno mi filial cariño,
Porque el recuerdo de mi edad de niño
Unido está a su amor!

Porque ahora léjos de ese hogar herido,
Ayer radiante, sin sonrisas hoi,
El llanto por los huérfanos vertido
Que en vano lloran el amor perdido,
Me labra, gota a gota el corazon.

Señor: ¿no estabas Tú cuando la muerte
Posó en su frente su aterida mano?
¿No era madre, Señor, no era cristiano
Su helado corazon?

Tu expiraste tambien, Dios de la vida;
I la muerte tambien tu sien veló;
La madre que se fué no está perdida,
No fué eterna su triste despedida;
¡Fé en sus virtudes! ¡esperanza en Dios!

¡Ella murió! sus hijos inocentes
Que en el cielo al morir la precedieron
Reclamaba su amor i le tendieron
Sus brazos desde allá.
Volóse al cielo, i en su hogar vacío
Dejó tan solo llanto i orfandad.
I en un tranquilo i dulce desvario
Cual un rayo de luz cruzó el sombrío
Espacio de la ignota eternidad.

Dulce es morir cuando la muerte es solo
Umbral luctuoso de la eterna calma,
Dulce es morir cuando dormida el alma
Rompe el lazo mortal.
Ella murió como se duerme el bueno,
Tendió su vuelo al eternal solaz;
El sueño eterno, plácido i sereno,
Del Dios del justo en el tranquilo seno,
Goza por siempre descansando en paz.

.....

Dejadme solo con su fiel recuerdo
Amengüar mi amargura i mi quebranto
I por ella rogar ¡la quise tanto
Cuanto se puede amar!
Dejadme del dolor entre las sombras,
Triste como el recuerdo del olvido,
Calmar mi corazon adolorido,
¡Ai! dejadme llorar.

¡Descansa en paz! nosotros lloraremos
Porque es la historia del vivir fugaz:
Adios, que en breve allá te buscaremos;
En el seno de Dios nos hallaremos,
Adios, santa mujer ¡descansa en paz!

Santiago, 19 mayo de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

UNA VENGANZA DE FRANCISCO S. LOPEZ.

Siguiendo el camino que lleva de la ciudad de la Asuncion a Luque, veíase allá por los años de 1860, en medio de una hermosa campiña, un sencillo monumento elevado sin duda por el amor o la gratitud. Era él por demas sencillo: sobre un pedestal alzábase una hermosa cruz de piedra, cuyos brazos enlazaba una faja de rica i fina tela; en torno de él una mano cariñosa habia plantado numerosas i lindas flores, i a su pié habia cavado en la tierra un agujero, en que veíase arder todas las noches una vela, cuya pálida luz iluminaba tristemente aquel sitio. En el Paraguay no era esto una novedad; era frecuente en los campos encontrar algunas cruces, alzadas sobre la tumba de algun desgraciado i al pié de las cuales prendian los deudos del finado una vela durante la noche, por el eterno descanso i resguardábanla del viento de aquel modo. Pero aquellas cruces eran por lo comun de madera, el paño que las envolvía era ordinario i no veíanse en torno de ellas aquel cuidado, aquel gusto, aquella delicadeza que rodeaba la cruz de piedra de que venimos hablando. No era esto todo, porque esto habria sido poco para picar la curiosidad de nadie. Asegurábase que mas de un viajero al atravesar aquel sitio en las altas horas de la noche, habia divisado arrodillada al pié de la cruz una mujer vestida todo de blanco. Permanecía allí largas horas de rodillas, inmóvil i a la vacilante luz de la vela hubiera podido tomársela por la estatua del dolor, si los suspiros que se arrancaban de su pecho i el movimiento convulsivo de su labios, que repetían talvez una plegaria, no hubieran desvanecido semejante ilusion.

Una noche dos jóvenes extranjeros, oficiales ámbos del ejército, recorrian a paso aquel camino, gozando en silencio de aquella apacible calma que le rodeaba i de la fresca brisa que empezaba a soplar despues de un dia de fatigante calor. Eran las doce de la noche, el campo todo yacia sumido en el mayor reposo, iluminado con los rayos de la luna. De repente, los jóvenes oficiales divisan al pié de la cruz de que hemos hablado a aquella misteriosa mujer vestida de blanco. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho; su cabeza inclinada hácia atras i sus ojos mas que en la cruz parecían fijarse en las profundidades del cielo; sin duda oraba. Su largo pelo, que ajitado por el viento, flotaba sobre su espalda; su blanco traje, la soledad del sitio, la luz de aquella vela, aquella cruz, aquella hora, en fin, todo daba un aire misterioso i fantástico a aquella escena. Los dos jóvenes con-

templábanla llenos de asombro, sin atreverse a perturbar a aquella mujer, pero sin fuerza tampoco para alejarse de allí. Al fin, cediendo a un sentimiento de respeto, intentaron alejarse, pero al volver sus caballos, chocando la espada del uno con sus espuelas produjo un ruido que vino a sacar de su abstracción a la que oraba. Al ver a aquellos militares, lanza un grito de espanto i poniéndose de pié intentó huir.

Pero la infeliz temblaba como una azogada, sus piernas sosteníanla apénas e intentaba en vano articular una palabra de perdón. Su hermosísimo rostro expresaba el sentimiento de miedo i horror que la dominaba.

—No tema Ud. nada, señorita, exclamaron casi a un mismo tiempo ámbos jóvenes; no intentamos hacerle ningun mal i léjos de eso tenemos que pedirle nos disculpe porque la hayamos perturbado involuntariamente.

—¡Ah! con que no venis a matarme, con que

—¿Nosotros venirla a matar? ¿I por qué habíamos de cometer semejante crimen?

—Uds. me disculparán, porque En fin, yo no puedo explicarles la causa de mi susto; pero agradezco la caballerosidad de Uds. De nada tengo que disculparlos.

La jóven hablaba con presteza; conocíase que aun no se habia repuesto de la emoción que habia recibido i sin dar tiempo a que sus interlocutores le contestaran, saludólos cortemente i se alejó de aquel sitio, rehusando su compañía. Apénas quedaron solos, uno de ellos dijo a su compañero:

—¿Conoces a la jóven?

—Jamás la habia visto i a fé que no conocia la mujer mas bonita i misteriosa del Paraguay. Se me pone que debe ser alguna viuda que acaba de perder a su marido.

—Te equivocas.

—¿Qué? ¿acaso la conoces tú?

—Sí; sigamos caminando i te contaré la historia de esa jóven desgraciada.

—¡Magnífico! creeme que te escucharé con el mayor interés. Esa mujer me ha impresionado.

Los dos pusieron al trote sus caballos i se alejaron luego de aquel sitio; miéntras se alejaban i daba uno de ellos principio a la historia que vamos a narrar, alcanzábase aun a ver por entre las sombras de los árboles la blanca vestidura de aquella mujer que cualquiera podria haber tomado por un fantasma.

Estamos en la ciudad de la Asunción, en una fresca noche de invierno de 1859. Aquella noche, es noche de ajitación para casi todos los habitantes de la capital, de apuros i temores para muchas madres, de alegría i de esperanza para muchos jóvenes corazonas. Trátase nada ménos que de un gran baile que la acaudalada familia de Martínez ofrece al gobernador de la ciudad, el jeneral don Francisco Solano López. Aquel baile es todo un

gran acontecimiento no solo por los gastos que se han hecho sino tambien por la persona a quien está dedicado. El señor don Juan Martinez ha oído lamentar al gobernador que no se den en la Asuncion bailes como aquellos a que él habia asistido en Europa i se ha prometido hacerle olvidar por una noche siquiera que está en el Paraguay. Aquel va a ser un baile verdaderamente a la europea; el gato, el minué, la media caña, bailes favoritos de los paraguayos i el tipoi, traje nacional de las mujeres, quedan esa noche desterrados de los salones del complaciente caballero.

A las diez de la noche una numerosa concurrencia llenaba la casa del baile i aguardaba ansiosa la llegada del gobernador i de su padre, el presidente de la república, que tambien habia prometido asistir. Un numeroso pueblo llenaba la calle, contentándose con escuchar los acordes de la música i atisbar las elegantes parejas que recorrian los salones. A las diez, los vivas del poblacho anunciaron que llegaban ya aquellos personajes; i todos poniéndose en pié aguardaron que aparecieran en la puerta del salon principal para inclinarse ante ellos con ese aire de humillacion i de terror con que gustan ser saludados los tiranos.

Pocos momentos despues resonaban los acordes de un wals i principiaba aquel gran baile a la europea que habia puesto en movimiento a toda la ciudad de la Asuncion. Francisco Solano López, era entónces un jóven de treinta años, de simpática presencia, finas maneras i de una ilustracion vastísima, relativamente a la de la mayoría de los paraguayos. Era gobernador de la Asuncion, jeneral en jefe del ejército, presidente de la cámara de diputados i nadie dudaba de que lo seria de la república cuando muriera su ya anciano padre.

Ejercia ademas tal influencia sobre su padre, que ya entónces podia considerársele como el verdadero jefe del Estado.

El pueblo le temia i le queria a la vez, porque todos aguardaban grandes reformas para cuando subiera al poder. Francisco Solano López era ya entónces el señor del Paraguay.

Apénas se dejaron oír las primeras armonías de la música, levantóse López i dejando ver en sus labios la mas amable de sus sonrisas, ofreció su brazo a la señorita Luisa Martinez, hija del dueño de la casa. Luisa era por demas acreedora a aquella sonrisa, a aquella preferencia del gobernador. Era una niña encantadora, una verdadera joya oculta en el fondo de los bosques paraguayos. Su tez recordaba por su blancura la nieve que cubre los montes de Vizcaya, patria de sus abuelos; sus ojos ardian con el fuego de los trópicos; sus palabras chispeaban de gracia i de talento i nadie bailaba con aquel gusto, con aquella elegancia, con que lo hacía la hermosa hija del señor Martinez. Hacía ya tiempo que no era para muchos un misterio que el jeneral López amaba a Luisa Martinez. Decíase tambien, pero esto mui en voz baja, que ella permanecia indiferente a los requiebros del jeneral i a las palabras de su padre, que miraba aquel casamiento como

la mayor fortuna que pudiera esperar para su hija i toda su familia.

La verdad era que Luisa permanecia sumida en la mayor tristeza hacia ya algun tiempo; que ya no queria asistir a las tertulias que se daban en la ciudad; que habia perdido su aficion por el baile i se pasaba las horas en su habitacion sumida sabe Dios en qué meditaciones. Aquella noche Luisa parecia mas triste que nunca; en vano López habia intentado distraerla, arrancar una sonrisa a sus labios; no lo habia conseguido.

¿Cuál podia ser la causa de aquella tristeza? Este era un misterio que le desesperaba i que necesitaba aclarar.

Luisa, pretestando encontrarse cansada, hacía ya largo rato que no bailaba i se habia sentado. A su lado permanecia López. De pronto se escuchó en todo el salon un extraño murmullo; algunas parejas dejaron de bailar, i notóse un gran número de personas que, rodeando a otra, se dirijian hácia el lugar en que se encontraba López.

—¿Qué sucede? preguntó él, al verlos acercarse.

—¿Qué ha de suceder! contestóle alguno, que para colmar nuestra alegría acaba de llegar el mejor amigo de V. E., a quien todos creiamos perdido.

—¿Cómo! exclamó entónces Lopez, avalanzándose con los brazos abiertos hácia un bizarro oficial que se abria paso entre los demas.—¿Cómo! ¡Cárlos Decoud aquí!

Pero apénas acababa de pronunciar el nombre de aquel amigo querido, que todos creian muerto en una expedicion al Chaco i que tan de improviso presentábase en la capital, dejóse oír a sus espaldas un grito que en vano habia querido contenerse dentro del pecho. López volvióse al momento porque habia reconocido aquella voz: era la de Luisa que acababa de desmayarse al escuchar el nombre de Cárlos Decoud. El jóven oficial tambien se habia puesto pálido. López, en vez de sus brazos, tendióle friamente la mano, preguntóle con sequedad por su salud i despidiéndose con un saludo de la concurrencia, retiróse de la sala.

Al abandonar el baile a la europea del señor Martinez, Lopez se decia a sí mismo:

—Al fin poseo el secreto de su desvío i su tristeza. El no me engañaba, pero yo le enseñaré cómo sabe vengarse Francisco Solano Lopez.

Pocos dias despues, una mañana, encontróse al despertar el pueblo de la Asuncion con una noticia que llenó de sorpresa a todos sus habitantes.

Acababa de descubrirse una horrible conspiracion, i sus principales jefes habian sido arrestados. Tratábase nada ménos que de asesinar al Presidente i a sus hijos i apoderarse de la capital. Cárlos Decoud era el jefe principal de los conspiradores. Su gran prestigio en el ejército, su riqueza, su carácter aventurero i

su ambicion habíanle arrastrado, segun se decia, a intentar aquel inicuo proyecto.

Cárlos Decoud, don Juan Martinez i gran número de personas fueron encerradas en estrechos calabozos i cargados de grillos. El proceso comenzó. Numerosos testigos presentábanse a declarar, i de sus declaraciones aparecia que la noche de aquel gran baile en casa del señor Martinez era la elejida para dar el golpe; i así se explicaba la repentina presencia de Decoud en la Asuncion aquella noche. Una casualidad i un momento de vacilacion en los conjurados habian salvado al Presidente i a su hijo. Sin embargo, los conjurados negaban su crimen; algunos, como Decoud, su jefe, habíanlo negado aun en el tormento. Las familias de aquellos infelices habian hecho cuanto era posible por salvarlos; pero todo habia sido en vano, porque el tribunal militar que los juzgaba condenó a unos a muerte, a otros al destierro. Cárlos Decoud i Martinez fueron condenados a sufrir la pena capital i puestos en capilla. Decoud, hijo único, habia perdido a sus padres, i huérfano en el mundo, vivia solo para Luisa i su ambicion de gloria. Martinez era padre de una numerosa familia i un hombre inofensivo, si los hai en la tierra.

Al recibir la terrible noticia de su condenacion, su esposa, rodeada de todos hijos, vuela a arrojarse a los piés de Francisco López i a suplicarle que conmute por lo ménos aquella pena en destierro.

López, con la cabeza apoyada entre sus manos, escuchaba a aquella desgraciada familia, arrodillada en su presencia.

Su rostro impassible se movió de pronto, un rayo de piedad pareció brillar en sus ojos i exclamó con voz conmovida:— Voi a mostraros hasta dónde llega mi induljencia i mi jenerosidad. Me habeis pedido la vida de Martinez; os prometo que no morirá ni será desterrado. Pero quiero daros mas aun, agregó volviéndose hácia Luisa: esta noche os entregaré a Cárlos Decoud, podreis casaros con él i ser feliz.

Escusado me parece decir cual seria la alegría de aquella familia; cual el agradecimiento con que escucharian las palabras de López.

Durante todo el dia aguardaron con ansiedad que llegara la noche, haciendo los preparativos necesarios para el casamiento i la partida de Luisa.

Despues de tantas horas de llanto i de dolor, la infeliz niña podia apénas dar crédito a tanta inesperada felicidad.

La noticia del perdon de los conjurados habíase estendido por toda la ciudad, i gran número de personas habia acudido a felicitar a la familia i aguardaban en la casa la llegada de don Juan i Decoud.

Llegó al fin la noche; pero las horas pasaban sin que se presentara ninguno de los presos. En su ansiedad, enviaron a preguntar al gobernador la causa de aquella demora.—Decidles que

no se apuren, contestó él; que cumpliré mi palabra; esta noche los tendrán en su poder.

Por fin, allá a las doce de la noche, cuando la mayor parte de las visitas habíanse retirado, oyóse en la calle un ruido de sables i resonaron en la puerta tres recios aldabonazos. Todos se avanzaron hácia la puerta, llevando algunos luces en sus manos; la puerta se abrió i entró entónces por ella temblando, pálido, cadavérico, don Juan Martínez. Seguíanlo algunos soldados de caballería, que traían en peso el cuerpo de un hombre; i arrojándolo en medio de aquella desgraciada familia, dijo uno de ellos:— El gobernador me encarga que diga a la señorita Luisa Martínez que deja cumplida su palabra.

Aquel cuerpo era el cadáver del infeliz Carlos Decoud, fusilado aquella tarde en el fondo de un calabozo.

Francisco Solano Lopez estaba vengado.

Para terminar este cuento, perfectamente histórico en el fondo, solo nos resta decir que don Juan Martínez sobrevivió mui pocos dias a aquella horrible escena, i que su hija, la desgraciada Luisa, atacada, segun se decia, de enajenacion mental, vivia retirada con su madre en una quinta de campo ocupada solo en cuidar la tumba en que dormian su padre i su prometido esposo. Allí la conoció algun tiempo mas tarde el escritor ingles Masterman, siendo ya presidente del Paraguay el mónstruo que pereció en Aquidaban.

CÁRLOS A. BERRO.

CAMINO DEL CIELO.

—Triste niño ¿a dónde vas?

—Al cielo.

—¿I cómo, alma mia?

—Mi madre me dijo un dia

Que tras largo caminar

En el cielo la hallaria.

—¿Tu padre, hermanos...?

—Se fueron.

—Se fueron ¿a dónde?

—Allá.

—¿Mui tristes se despidieron?

—Que yo les fuera a buscar
Donde está Dios, me dijeron.

—¿Sabes el camino?

—Sí;

Es un camino de abrojos;

Mi madre lo dijo así,

Con lágrimas en los ojos,

Al despedirse de mí:

Así hablaba a un triste niño

Un ángel que sonreía,

Mirando sus dulces ojos,

Mirando su faz tranquila.

“Adios” le dijo el infante;

“Adios” el ángel decía,

Que, invisible, fué a su lado

Apartando las espinas.

Quando moria la tarde,

Quando las sombras caian,

Llegó a un triste cementerio,

Donde su madre dormia.

Allí, alzando su plegaria,

Rendido por la fatiga,

Inclinó, cual mustia flor,

Su cabecita dormida.

Soñó con ánjeles bellos,

Oyó músicas divinas;

Mas no volvió a despertar

Al bullicio de la vida.

Entre los suaves perfumes

De las rosas purpurinas

Voló su alma inocente

Al Eden de las delicias.

Mayo de 1875.

JAVIER VIAL SOLAR.



¡FUE UN SUEÑO!

Vagando por un bosque
Perdíme cuando niño
I me acosté a la sombra
De un secular olivo.

Bien pronto el leve sueño,
Sin poder resistirlo,
Selló con fuerte mano
Mis párpados caídos.

I soñé . . . sí, era un sueño;
Pero sueño tan lindo
Que de mi mente nunca
Lo borrará el olvido.

Del tallo de unas flores
Irguióse de improviso,
Como una vaga sombra
De artístico capricho;

La ninfa mas hermosa
Que jamas haya visto
La voladora fama
Del Tártaro al Olimpo.

Llegóse a do yo estaba
Mirándola embebido,
I así con dulces labios
Sonriéndose me dijo:

“No quiero, nó, que el soplo
De la ambicion, maligno,
Te arrastre como arista
De la maldad al vicio.

“No quiero que en tu pecho
Tengan pérfido abrigo
Ni la ciega discordia,
Ni el odio maldecido.

“Para vivir contento,
Para vivir tranquilo,

Pulsa la lira i canta,
Que el canto es un alivio.

“Al bien alaba siempre,
Hijo del cielo mismo;
I execra al mal que mora
En el Erebo frio.

“Vive ajeno de dudas
I el dulce regocijo
Despertará en tus labios
Mil cánticos sencillos.”

Dijo: i bañó mi frente
Con un soplo divino
Que brotó de su boca
Cual celestial rocío.

Huyó como un encanto,
Voló como un suspiro
Cuando aún con el eco
Se gozaba el oido.

Desde entonces en mi mente,
Como en verjel florido,
Retozan mil ensueños,
Mil plácidos delirios.

I por do quiera busco,
Con anhelo infinito,
De la dicha, una huella,
De la gloria, un vestijio.

¡Oh! tú que mil proezas,
Alma deidad del Pindo,
Dices en áurea trompa
O en tosco caramillo:

Oye afable estos versos
Que, humilde te dedico
Pues que a mi rudo canto
Graciosa has presidido.

I deja que esta hiedra
Circunde en sueltos jiros
Tus sienes entre lauros
I victoriosos mirtos.

Abril de 1875.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

JACINTA.

HISTORIA REFERIDA A TRES AMIGOS I DEDICADA A DON ANTONIO DE TRUEBA.

PARTE PRIMERA.

El viajero que pasa por el pueblo de T...., en la república de Colombia, habrá creído, al mirar distraído las montañas que quedan hácia el oriente, que detras de ellas no puede haber sino otras montañas habitadas únicamente por pájaros i por fieras. Pero si viviera unos tres meses en el pueblo de T.... podría ver muchas cosas en los paseos que hiciera por sus alrededores.

Primero conoceria las haciendas de los contornos hasta que se hastiara de conocer haciendas.

Despues iria todas las tardes, durante quince dias, a ver pasar las jentes en el camino real, hasta que se las aprendiera de memoria.

En seguida tomaria otro rumbo e iria a sentarse, al caer de la tarde, en las márgenes del rio, i allí pasaria largas horas viendo correr las aguas. A los ocho dias de este ejercicio, se retiraria fatigado a no ser que despues de haber contado los árboles, las hojas, las piedras i las ondas del rio se hubiera fijado en la parte mas oscura del monte. Hubiera visto entónces lo que no a todos los viajeros es dado ver; nada ménos que un sendero angosto i sombrío que viene de la montaña, del lado de oriente i desemboca en el rio o quebrada, donde tiene de cinco a seis piedras que atraviesan el angosto cauce, i sirven de puente que comunica la poblacion con los incógnitos lugares a donde va el sendero de que hablamos.

Mas nada de esto puede ver ningun viajero, por la sencilla razon de que nadie se está tres meses en T.... en donde no hai comercio, ni diversiones, ni ilustracion. Yo me estuve cuatro, porque encontraba silencio, soledad i una naturaleza vírjen; i porque me importa un bledo no encontrarme nunca con diversiones, ni con ilustraciones, ni comercio.

El sendero va atravesando una vega montuosa, i subiendo por entre un estrecho, se encuentra, a las tres horas de camino, con un valle que, segun el juicio del viajero, no puede abrigar sino pájaros i fieras.

¡Bondad de Dios! ¡cómo se engañan los viajeros! El vallecito

(tendrá unas cien fanegas) es cultivado i limpio, i su suelo ondulado como la superficie de un mar que ajitan lijeramente los vientos. La montaña, desaborlada en parte por las estancias de los colonos, rodea el circuito del valle refrescando las aguas que bajan a él. Decir que hai cincuenta casas, seria exajerar algo, pues contando las mas pequeñas no resultan sino cuarenta i dos pobres cabañas techadas de paja, con las paredes pintadas de tierra blanca o amarilla, i rodeadas de huertas. Las cercas de las huertas son de limoneros, i las esquinas están reforzadas por robustos i floridos chirimoyos; i no hai uno solo de los cuarenta i dos patios de las cabañas que no tenga por lo ménos seis granados en fior. Por en medio del valle serpea un riachuelo que, al salir de la montaña para caer al valle, forma una cascada de salvaje hermosura, coronada de árboles seculares. Hai multitud de caminos trillados que comunican las cabañas entre sí o van de éstas al camino real que sale fuera del valle. Hai a intervalos verdes manchas de platanales sonantes, i en derredor del valle maizales floridos, dominados por unos pocos árboles altísimos que dejan los labradores para sombrío.

Agregad a este paisaje una capilla sobre una arruga del terreno i cercada para defender sus paredes de las vacas que vagan pastando; poned la alegre campana bajo el alero de paja, llamando al rosario en que lleva la voz un anciano, i tendreis idea del valle.

La capilla, ademas de la reunion cotidiana, tiene otros destinos: sirve para velar a los muertos i para bendecir los novios. El cura de T.... viene algunas veces a apacentar esa parte de su rebaño.

Así estaba todo cuando yo fuí, cuando gasté un dia entero corriendo por sus caminitos trillados. Todo estará lo mismo en el dia en que escribo, porque allí nada se muda i hai flores en todo el año.

Solo la casa de la pobre Aleja estará bien triste.... porque está sola....

Ya no esperais, lector mio, sino que os diga el nombre de aquel rinconcito del mundo.

—¡Pero si no tiene nombre!

—Por lo ménos su situacion jeográfica o ¡el verdadero nombre del pueblo T....

—Me guardaré bien de decirlo; no seré yo el que llame jente a aquel paraiso donde las desgracias que llevan consigo los hombres civilizados no han ido sino una sola vez.

El único hombre que podia satisfacer vuestras preguntas murió en la última guerra; la pobre mujer que vivió en medio de vosotros i que nació en el valle de que os hablo, primero se hubiera dejado arrancar el corazon que revelaros el lugar donde está el nido en que ella fué herida i aprisionada; i yo.... yo me guardaré bien de contarle.

La Iglesia se ha olvidado de enviar un sacerdote a aquel rebaño de cuatrocientas almas. El gobierno se ha olvidado de enviar alcalde i jueces a aquel gremio de ciudadanos. La civilizacion se ha olvidado de enviar libros, en donde aprendan aquellos pobres ignorantes todos los errores que poseemos en las ciudades en donde no hai limoneros ni caminitos trillados. Por último, nadie ha ido a plantar el árbol de la ciencia del bien i del mal en medio de aquellos fragantes chirimoyos.

¡Qué contento estoi de todos estos olvidos! Me pesa el primero, pero lo acepto en cambio del restante. De aquí resulta que como no tienen jueces, no hai pleitos; i como nadie es sabio, ninguno es ignorante. Yo llamaria un sacerdote si encontrara alguno tan discreto que nunca revelara al mundo el secreto de aquella poblacion; porque ¿sabeis lo que haria el mundo? ¡Enviaría a los ricos i a los sabios a que atormentaran a aquellos pobres simples de espíritu!

Sin embargo, como lo veis, no carecian enteramente de pasto espiritual. Unas diez veces al año suele llegar al valle el cura de T. . . . a bautizar los niños i unir los adultos. Va a hacer ochenta i un años que se establecieron en el valle (llamémoslo así) sus tres primeros colonos. Los hijos de aquellos se fueron casando entre sí i han formado un pueblo. Los hombres toman mujer de dieziseis años ántes de cumplir ellos los veinte, i hacen sus cabañas en derredor de las de sus padres; como los hijos de Jacob, acampan rodeando la tienda del anciano. Suele verse encima de una colinita una casa en donde viven entre el silencio dos viejos que se calientan juntos al sol, vuelven juntos a la casita, juntos rezan i comen, juntos se acuestan sobre un lecho que les ha dado descanso durante cuarenta años. Pero, tended los ojos por los contornos i mirad las seis cabañas que están al pié de la colina. Oid qué gresca de muchachos que lloran i de mujeres jóvenes que cantan. ¡Qué alboroto de madres que regañan a los chicos i trabajadores que vuelven cantando de las estancias!

Todos esos son hijos, yernos, nietos i biznietos de los dos viejos que están hablando al amor de la lumbre o del sol. Las únicas personas de la familia que faltan son las hijas, porque éstas, siguiendo a sus maridos, han ido a cerrar la choza de otro anciano, su suegro; pero esta noche los vereis cuando vengán a recibir la bendicion.

El sol se esconde; a las seis de la noche es la hora en que se cambia la escena. Los trabajadores están de vuelta en sus casas i sorben el caldo refrijerante al lado de sus mujeres i de sus niños. En seguida van subiendo a la colina; en la casa *grande* se encuentran todos los hermanos i los primos; todos vienen a besar la mano i dar las buenas noches a los dos viejos que reviven en sus cincuenta descendientes.

La abuela Aleja es hija de uno de los tres fundadores de la colonia i nació en ella a los diez años de haber plantado su padre

el primer estantillo de la casa. Veintidos años tenia cuando oyó decir que habia guerra en el pais; no conocia la guerra i nunca supo que cosa era.

Aleja disfrutaba de cierto prestigio; su alma era sabia como la vejez i sencilla como la infancia. Su marido fué un robusto e infatigable labrador que desmontó muchas hanegas de monte, plantó el árbol de María que se ve aun junto de la casa, e hizo esa misma casa que hoi se está cayendo, porque la soledad pesa sobre ella mas que la vejez.

La naturaleza les dió bienestar; la virtud sencilla les hizo encontrar la dicha en su apacible afecto i en su retirado valle.

Empero tuvieron algunas pruebas que sobrellevaron con cristiana paciencia.

—Dios nos la dió i Dios nos la quitó, dijo Aleja cuando murió su primera hija; i su esposo contestó santiguándose:

—¡Hágase su santísima voluntad!

Les quedaba un hijo: éste se casó i tuvo a Jacinta. Mas la muerte vino a dejar huérfana de padre i madre a la pobre niña, que no tenia sino seis años de nacida. La abuela Aleja dividió desde entónces su existencia entre sus rezos sobre las tumbas de su marido i de sus hijos i el cuidado de su nieta.

Tenia esta catorce años cuando la conocí. ¡Qué figura tan linda! Su estatura era elevada i su talle flexible i delgado; sus labios parecian tintos en nopal, i sus dientes como granos de arroz; el color de su rostro moreno como las manzanas que el sol madura, resaltaba con sus mejillas que tenian el color de las flores del granado.

Cuando volvía de la quebrada de lavar la ropa de su abuela i la suya, con la batea puesta en la cabeza, con el pelo suelto i mal peinado saliendo bajo el ala de un sombrerito viejo, era cosa de pararse uno a mirarla i bendecir a Dios.

Pero cuando se ponía a tender la ropa en las sogas del patio, i al alzar sus brazos, se veía los hoyuelos de sus hombros que la camisa no cubria; vaya, lector, era cosa de volverse uno loco.

Aleja vivía fascinada por su traviesa i locuaz nieta.

¡Era de verse cuando la regañaba por alguna travesura, i cuando saltaba como un pájaro la linda jóven sobre la anciana i la abrazaba i la hacia reir! Todo regaño terminaba por una sonrisa, i toda sonrisa por una bendicion. En mi vida he visto un *toche* (1) mas inquieto que Jacinta; saltaba todo el dia, cantaba sin cesar i con todos tenia algo que hacer. Pero en cambio, ¡qué corazón tan puro! ¡qué bondad de alma! ¡qué caridad con los viejos i los pobres!

Por mui bonita que os haya parecido esta pintura, mucho mas bonita la retrataba en su imaginacion Antonio, el novio de Jacinta.

(1) Esta graciosa avecilla americana es de color do oro i lleva las alas negras. Canta melodiosamente.

Antonio era hijo de una de las familias del valle i un excelente muchacho. Se habia criado con Jacinta i la adoraba; tenia ocho años mas que ella i parecia que le tenia miedo, tanto era lo que la queria. De buena figura, trabajador i valiente, tenia ademas la ventaja de haber heredado una estancia que le producía mas de lo que necesitaba para su vida de soltero. Su familia i Aleja miraban su casamiento con Jacinta como cosa segura i bendecida de Dios. No esperaban sino que la muchacha cumpliera dieziseis años para celebrar el matrimonio.

Un año se habia pasado así, cuando una mañana la abuela llama a Jacinta, que estaba en la casa, i le mostró sonriendo a un hombre que estaba abriendo hoyos en un llanito, doscientos pasos mas abajo de la casa de Aleja.

A un lado del hombre habia un monton de gruesas estacas, cortadas ya a propósito como para formar una casa.

Jacinta apenas vió esto, se arrojó en los brazos de su abuela ocultando un vivo rubor que la abrazaba.

Lo que habia visto era era la choza nupcial que con tiempo empezaba a preparar Antonio.

Cada golpe del hacha sobre el robusto madero resonaba en su pecho i hacía saltar su corazón.

¡Quién sabe si su viva imaginación de jóven le representaba de un golpe la cabaña hecha ya i rodeada de árboles!

¡Quién sabe si se figuró a ella misma habitadora de la casa, acariciada por el hombre honrado que iba a ser su guardian; i quién sabe si, salvando su pensamiento el tiempo futuro, apesar de su rubor de sensitiva, creyó oír un niño llorando en la cuna suspendida de un árbol! ¡Pobre Jacinta! ¡Qué feliz sueño pudo tener en ese momento en que estrechaba a su anciana abuela que le devolvía, sonriendo, sus caricias!

Faltaban apenas seis meses para el matrimonio. La inconstancia lijera de la edad habia borrado de la mente de Jacinta toda emoción fuerte. La casa seguía adelantando lentamente, porque Antonio queria hacer por sí solo la habitación de Jacinta.

Los arbolillos que habia sembrado en derredor, estaban ya echando retoños, i un hilo de agua que habia sacado del arroyo, atravesaba el patio i formaba una cascadita al salir de un tubo de guadua. Los chirimoyos empezaban a botar las hojas secas: cuando estuvieran bien verdes seria el tiempo señalado: con las primeras flores se verificaria el matrimonio.

Las jentes del valle pasan de vez en cuando al pueblo de T. . . . Todos los domingos van uno o dos individuos a hacer sus compras i las de los vecinos que se quedan; i las familias mismas van en ocasiones solemnes, como el Corpus, la Semana Santa i la Nochebuena.

Jacinta habia estado tres veces en su vida en el pueblo, i quiso ir con unas vecinas a comprar por sí algunas prendas de ropa en T. . . . Fué, i estuvo contentísima: habia estado en la casa donde

se había apeado una familia de la capital que había ido a mudar de clima: volvió el domingo siguiente, i fué la última vez que la vió Aleja.

Desde las tres de la tarde, hora en que debían llegar los viajeros, estaba Aleja en el patio de su casa por ver si llegaba su hija; pero ninguna figura se destacaba en el verde horizonte al lado de la entrada del valle. Eran las seis de la noche i todavía no había llegado. Aleja había rezado sola su rosario, interrumpiéndose a cada Ave-María para enjugar las lágrimas que su desesperado afán le arrancaba.

Por la noche vino un mozo diciendo que los vecinos se habían quedado en el pueblo buscando a Jacinta que había desaparecido. Aleja pasó una noche terrible, pidiendo a la Vírgen por su hija, i pidiéndosela a todas las jentes que pasaban cerca de su choza. A media noche se fué Antonio, cansado de aguardar noticias que no llegaban, i preso de la mas violenta inquietud.

Llegó la mañana, i Jacinta no parecía.

Llegó la tarde, i vino otro muchacho que dijo lisa i llanamente que Jacinta se había escapado para Bogotá.

El dolor de la abuela Aleja fué espantoso: ni una sola lágrima brilló en sus marchitos ojos; pero la desesperacion hablaba en vez de lágrimas. En pocos momentos se estableció un silencio sepulcral en todas las cabañas, i a las cinco de la tarde, en lugar del alegre vocerío que se escuchaba en esa hora, no se oían sino los cantos de los labradores que volvían de las estancias, i que se iban callando conforme llegaban a sus casas i sabían el luto del valle.

Por la noche estuvo casi toda la poblacion en casa de la infeliz anciana, a quien se llevaron a otra cabaña. Todos preguntaban i ninguno sabía responder. Las dos mujeres con quienes había ido Jacinta al mercado i que volvieron solas i llorosas al día siguiente, no pudieron dar mas explicaciones: se habían estado en el pueblo hasta que supieron terminantemente que estaba lejos, camino de Bogotá. Unos pasajeros encontraron una muchacha cuyas señas coincidían perfectamente con las de Jacinta. Iba montada en un caballo castaño, i llevaba por compañía un *cachaco*. (1)

Antonio llegó por la tarde en un estado de dolor que daba agonía verlo.

PARTE SEGUNDA.

Si exceptuamos el dolor, cada vez mas hondo de la pobre abuela, i la desesperacion, cada vez mas sombría del desgraciado Antonio, el valle había vuelto a su tranquilidad anterior, i nada anunciaba la desgracia que hemos referido.

(1) Pisaverde, libertino.

La casa de la abuela estaba abandonada: el lavadero de Jacinta no habia sido ocupado por ninguna otra mujer, i la cabaña que empezó a hacer Antonio estaba en el mismo estado, porque habia suspendido la obra desde el sábado que precedió al fatal domingo en que salió del valle Jacinta.

¡Pobre niña! un mes habia pasado i no se tenia la menor noticia de su paradero.

Antonio hablaba algunas veces con Aleja, que vivia ahora en la casa de una anciana, pariente de su marido. Una mañana en que aquellos dos desgraciados habian nombrado por la milésima vez a la fujitiva, Aleja se echó a llorar i dijo que sentia morir por momentos, i que moriria con el pesar de no haber podido bendecir otra vez a Jacinta. Antonio alzó la cabeza i advirtió por primera vez, en medio de su dolor, que la pobre Aleja habia envejecido un año en pocos dias: comenzó a sentir inquietud por su vida i a preguntarle qué le mandaba para su alivio. Aleja le pidió por el amor de Dios que fuera a Bogotá a buscar a Jacinta i a traerla. En lo que ménos pensaba Antonio era en buscar a la mujer que tan villanamente lo habia abandonado; pero la súplica de aquella pobre madre, las lágrimas de aquella anciana que tan serena habia visto aun en las mas amargas circunstancias, todo le inspiraba una compasion sin límites, i le ofreció ir a buscar a Jacinta. ¡Quién sabe si el amor, aun el amor burlado, ayudó a convencerlo! Nosotros hemos visto los efectos de grandes pasiones entre las jentes del campo; maravillas de sensibilidad i de delicadeza como entre los corazones educados. Vimos morir repentinamente a un pobre jornalero al oír el grito (i él creyó que era el último) que exhaló su amada esposa cuando daba a luz con grandes dolores a su primer hijo. Cuando la moribunda volvió a la vida ya era viuda, i cuando nació la niña, a precio tan costoso adquirida, ya era huérfana. Hemos contado una que otra vez este suceso en medio de la sociedad civilizada, i hemos tenido ocasion de divisar las sonrisas de burla con que solemnizaba aquel milagro de sensibilidad i de ternura.

Antonio preparó su doloroso viaje i vino a noticiárselo a Aleja, trayendo un vecino piadoso que se encargaba de ir a T... a rogar al cura que pusiese una carta, a nombre de la anciana, para llevarla a Jacinta.

La abuela se deshizo otra vez en lágrimas, aprobó la idea i se quitó el rosario del cuello para dárselo a Antonio, encargándole que se lo entregara a Jacinta. Antonio lo suspendió a su cuello, i al dia siguiente, cuando el sol apareció, ya el pobre mozo habia cerrado su puerta i se disponia a emprender su triste viaje. Aleja, i aun Antonio mismo, estaban persuadidos que el único trabajo que tendrian seria encontrar la fujitiva; i que encontrada, hallarian la misma Jacinta que los habia hecho tan felices. ¡Ah! no sabian lo que la compañía de un hombre i la habitacion en la ciudad podian haber hecho de la hermosa e inocente aldeana!

Una mirla, cuyo polluelo hubiera sido robado de su nido, si se hubiera puesto a buscar a su hijo, al fin lo hubiera hallado en la ciudad, en una jaula, i saltando alegremente entre los dorados alambres. Pero si se hubiera logrado abrirle la puerta de la jaula, el pájaro habria volado i vuelto a su bosque alegre i cantando, i sin ningun recuerdo de la ciudad.

Mas, ¿quién puede esperar que vuelva con su alegría i con su canto, con su inocencia i su risa, la pobre niña que vivió entre los hombres civilizados?

¡Ai! ¡al volver, si vuelve, se notará que sus lábios i sus mejillas no tienen ya el color de la flor del granado, i que sus ojos no son limpios i suaves como el cielo de su valle, i que ya ni puede ni sabe cantar i saltar como los pajarillos de su bosque!

Antonio llegó cuatro dias despues de su salida del valle a la populosa ciudad, donde se encontraba mil veces mas solo i mas abandonado que si le hubiera cojido la noche en medio de la montaña donde tenia su estancia.

Ningun conocimiento, ningun amigo, ningun extraño lo guiaba en las calles de Bogotá, donde se perdió muchas veces. Mas poco importaba esto: como no tenia posada fija, en cualquier parte donde le cojia la noche buscaba una tienda, compraba comida i pedia posada.

La tendera, al ver su buen aspecto i que tenia plata en la bolsa, no tenia inconveniente en permitirle que se acostara sobre el mostrador. Al dia siguiente seguia caminando.

¡Dios sabe si pasó un dia en derredor de una manzana, i vino a dormir a la tienda contigua a la que le habia dado posada la noche anterior, i creyó, al acostarse, que habia caminado media ciudad!

Dios sabe tambien si le amanecia en Santa Bárbara i la noche lo encontraba en alguna callejuela de las Nieves, siempre desorientado, siempre buscando, siempre preguntando en las tiendas: “¿Ud. conoce una muchacha *así* i *asá*, que se llama Jacinta?”

Pasaron ocho dias, i ocho mas, i no habia encontrado la mas pequeña huella de la que buscaba.

Una tarde bajaba por la calle de los Carneros, desalentado ya i pensando en su valle, cuando entre las voces de las jentes que iban a paseo (era domingo) oyó una que le hizo estremecer como si le hubiera dado frios. Paróse alineado en una pared i siguió escuchando: la voz que le habia herido el corazon venia de arriba, i se fijó con los ojos i con el alma. Dos mujeres cojidas del brazo i hablando i riendo bajaban en direccion a la Capuchina. Ambas vestian trajes de seda, gorra i chales. La una era hermosa todavía, pero flaca i de aspecto de mala salud: unos ojos mas civilizados que los de Antonio habrian descubierto que su color rosado no era sino pura i simplemente colorete.

La otra, era hermosa como un sol de mayo: sus ojos brillantes i alegres, su cara juvenil, sus carnes mórvidas, su acento gracioso-

so, todo comunicaba al desgraciado Antonio que era Jacinta.

Pasó riendo i hablando junto al aldeano, que habria querido mas bien que la tierra se lo comiera, ántes que Jacinta, tan linda i tan bien vestida, lo reconociera i lo llamara, a él tan rústico i tan atónito.

Sin embargo, Jacinta no sintió la mirada de fuego que iba tras ella: siguió caminando con su lijero i gallardo andar, alegre como estudiante en vacaciones.

Antonio dejó que se alejaran mucho; ántes de volver en sí, i cuando notó que la habia perdido de vista, echó a correr atropellando jente, i a poca distancia las alcanzó. Desde entónces no abandonó la pista: caminando algunos pasos atras, fué tras ella hasta San Diego. Volvieron por el callejon de las Nieves i se entraron a una casilla pintada por de fuera; se paró en el porton, i oyó risas i palabras en la sala. A las ocho de la noche, entró en la casa un caballero mui bien vestido i perfumado, i media hora despues salió con Jacinta i tomaron en direccion a la plaza. Antonio iba detras, i los vió entrar en una casa en cuya puerta habia mucha jente: preguntó a un hombre cómo se llamaba esa casa, i supo que era el teatro. Preguntó a otro cómo se llamaba ese señor que estaba parado en la puerta comprando un billete, i le dijo que era Perico Ruiz, el *cachaco* mas brillante de Bogotá. Preguntó en seguida por el nombre de la señorita que iba con él, i le contestaron que se llamaba la Esmeralda. Este nombre no le pareció nombre de cristiana, i tornó a preguntar por qué se llamaba así.

Su amable interlocutor le dijo que era un sobrenombre por su belleza, i por lo mucho que estaba a la moda, i que su verdadero nombre era Jacinta.

Antonio dió un grito e iba cayéndose de bruces en el arroyo. El que habia satisfecho su curiosidad lo alzó del brazo, i le preguntó bruscamente:

—¿Ud. conoce a esa mujer?

Antonio iba a decir era mi novia, i se arrepintió i dijo:

—Es de mi pueblo.

La jente acabó de entrar al teatro, i no quedó en la calle sino un grupo de criados i de pilluelos.

El compañero entró tambien, i Antonio se sentó en el dintel de una puerta i aguardó hasta las once de la noche a que salieran de la funcion.

Se acercó a la puerta, i no pestañeó hasta que no vió salir a Jacinta con su pareja.

Dejó que anduvieran un poco i volvió a seguirlos como en la venida.

Llegaron a la casita, se despidió el señor don Perico, i ella entró cerrando el porton por dentro.

Pero apénas hubo doblado la esquina el señor don Perico, cuando Antonio salió de su escondite i de un salto se puso en la

puerta de la casa de Jacinta; golpeó, e inmediatamente le contestaron de adentro ¿quién es?

—Yo soi, dijo Antonio, i una muchacha abrió la puerta. ¿Puedo ver a la señorita Jacinta? preguntó.

—¿Qué queria? contestó la voz.

—Darle un recado.

—*Dentre*, dijo la criada.

Antonio, siguiendo tras ella, i al abrir la puerta de la salita vió a Jacinta que se adelantaba hácia la puerta. Empezaba a desprenderse el tocado, i se habia ya soltado su poblada cabellera.

—¿Quién es? tornó a decir; i Antonio, adelantándose, con la cara empapada en lágrimas, i con una expresion de dolor que asombraba: ¡Yo soi! contestó.

—¡Antonio! gritó Jacinta.

El campesino no respondió, sino alargándole la carta i el rosario.

—¿I mi abuelita? tornó a preguntar Jacinta.

—¡Muriéndose i aguardándola! contestó Antonio con un sublime laconismo que su alma le inspiraba en su difícil situacion; Jacinta cayó sobre un canapé hecha un mar de lágrimas i sollozó un largo rato.

Cuando alzó la cabeza estaba sola; Antonio habia desaparecido.

La pobre niña no tenia dañado el corazon todavía, cuando puso sobre él la cruz del rosario de granates que le mandaba la anciana.

Vais a reiros, lector mio, pero vuestra risa no me impedirá seguir creyendo que el rosario hizo su efecto i convirtió a la pecadora. La agonía le dió fuerzas; no quiso llamar al que con tanta justicia huia de su presencia despues de cumplir su piadosa mision; pero se levantó, i embozándose en un pañolon, llamó la criada, le dió un recado i salió.

No empezaba a aclarar el dia cuando ya ella estaba léjos de Bogotá. A pié fué hasta Fontibon, i allí encontró bestia i sirviente para seguir su camino i volver al lugar de donde nunca debiera haber salido.

PARTE TERCERA.

La cabaña de Mercenaria, la que habia recojido a la abuela Aleja, presentaba un triste espectáculo el dia 4 de diciembre de 1853. Aleja estaba agonizando i toda la familia de Mercenaria lloraba i rezaba en derredor del lecho de guadua, donde se extinguia poco a poco la vida de la buena anciana.

A mediodia llegó el cura de T. . . . porque las súplicas de Aleja habian sido tan ardientes que dos vecinos marcharon a la madrugada en su busca. Ella queria por único premio, por único

consuelo, confesarse i comulgar; i Dios, contra la esperanza de los vecinos, le habia cumplido su deseo.

Alcanzó a confesar las pocas faltas que habian manchado su larga i virtuosa existencia; se confesó tambien como de un pecado del dolor que le habia causado la muerte de su marido i de sus hijos, i de la poca conformidad con que habia sobrellevado la huida de Jacinta.

El cura, por toda penitencia, le dijo que bendijera a la fujitiva, para que Dios le perdonara su huida. Aleja lo hizo sin ningun trabajo, i en seguida recibió el cuerpo de Jesucristo sacramentado.

La agonía empezó entónces i a la media hora espiró.

La cabaña estuvo llena de luces durante toda la noche; todas las familias vinieron a rezar el rosario por el alma de la difunta. Por la noche llegó Antonio, i la pasó llorando al pié del cadáver que, al dia siguiente, llevaron a enterrar; el cementerio está a la entrada del valle.

Habian puesto el cadáver en el suelo para acabar de abrir la fosa, cuando aparecieron en la mitad del valle dos personas.

Eran Jacinta i un peon.

Jacinta venia vestida de seda todavía, aunque su ropa estaba mui desgarrada.

Para hacer mas fuerte el contraste de aquel cuadro indecible, la ajitacion, el dolor, la emocion que sentia al volver al valle despues de dos meses de ausencia, i la alegría de la esperanza al acercarse a la abuela Aleja, todo le daba una hermosura sobrenatural que era aumentada por el desaliño de su vestido i por la marabilla de su aparicion.

Su compañero, tosco aldeano, hijo de la *sabana*, seguia los pasos de su jentil compañera.

Ambos se encaminaron al grupo, porque veian que estaban allí todos los habitantes del valle. Antonio estaba en el primer término del cuadro, i al ver a Jacinta se adelantó maquinalmente, i se detuvieron al encontrarse.

Ambos estaban avergonzados; Jacinta por su huida, por su falta i por su vestido; Antonio por lo que sufría Jacinta, i por su amor engañado.

Ambos sufrían; pero Antonio tenia la ventaja sobre Jacinta de no llevar vestido de seda.

¡Si supierais, lector mio, que fea se ve la riqueza del vestido sobre el campo verde!

Al acercarse al grupo, todos los ojos se volvieron a ellos, i todas las bocas enmudecieron.

En el silencio jeneral no se oían sino los golpes de barra de los trabajadores que abrian la fosa.

Los viajeros llegaron por fin al grupo; Jacinta habló i nadie le respondió; se acercó mas i Antonio le mostró con la mano un objeto: Jacinta siguió la direccion del brazo extendido i vió a la

sombra de un árbol, coronado de flores, un cadáver... el de Aleja. Dios habia castigado terriblemente las faltas de Jacinta. Es imposible explicar como no se quedó muerta en el instante.

Los gritos que daba resonaron en el valle i eran devueltos por los montes. Se arrojó en la tierra i sobre las piedras, i se tiñeron de sangre los vestidos con los golpes.

Derramó tantas lágrimas que por la tarde su rostro estaba desconocido.

Un dolor tan espantoso i tan grande que daba, no lástima sino dolor tambien, reconcilió con la desventurada criatura a los buenos vecinos que se habian alejado de ella, cuando llegó, i que se acercaron al fin i la levantaron en sus brazos.

El cadáver de la pobre anciana, cuyo semblante era el único que tenia paz i alegría en ese momento en que todos los semblantes expresaban el sufrimiento, fué puesto en su tumba, despues de haberse llevado medio muerta a Jacinta unas mujeres piadosas. Jacinta estaba herida de muerte, i pasó dos meses en medio de lágrimas continuas; la juventud i la robustez triunfaron al principio, i pudo levantarse aniquilada a pasearse por el valle.

¡Ai! iba ahora trabajosamente, flaca i triste, la alegre i hermosa niña que pocos meses ántes saltaba corriendo por todos aquellos caminitos trillados a la sombra de aquellos granados floridos!

El dolor i el remordimiento volvieron a adquirir su imperio i triunfaron al fin de la juventud i de la robustez.

En sus últimos dias quiso ver a Antonio; este recibió el recado que llevaba Mercenaria, i despues de una corta resistencia, al oír que estaba de muerte, fué, i la vió acostada en el mismo junco que habia soportado el martirio de la virtuosa Aleja. Jacinta le pidió perdon, i le refirió la triste historia de su falta. Le dijo como en la visita que habia hecho a la familia X... que encontró temperando en el pueblo de T... habia visto un jóven que le habló de lo que era Bogotá con tales ponderaciones que le despertó lo curiosidad. En seguida describió a T... i sus alrededores de una manera tan ridícula a los ojos de Jacinta, que la pobre campesina se avergonzó hasta las uñas. Preguntóle cuando volvía al mercado i díjole que no sabia. Pidió informes del lugar donde quedaba su habitacion, i la incauta niña le enseñó el camino.

Esto era en domingo, i el jóven le dijo que lo aguardara a la entrada del valle, el mártes, para que lo guiara en el paseo, para lo cual se comprometió tontamente Jacinta. El mártes fué efectivamente, i ella cometió la falta de ir a la cita. El la comprometió a que fuese el domingo a la poblacion, i se separaron. Todavía estaba pura la pobre niña, pero ya la serpiente le habia mordido el corazon.

Fué el domingo, i sin saber a que hora, cuando volvió en sí, ya iba fujitivos. Ella estaba fascinada por el lujo i las palabras chistosas i la conversacion infatigable de Perico. Llegaron a Bo-

gotá, i los primeros dias fueron pasados en lágrimas de dia, cuando estaba sola, porque los remordimientos hablaban alto ya, i en risas de noche, cuando venia Perico que ejercia una fascinacion increible sobre ella.

Ultimamente las fiestas, los trajes i los amigos la habian aturrido, i casi era dichosa cuando la aparicion de Antonio la hizo salir de ese sueño que la llevaba al último fin de su aplaudido deshonor.

Concluida esta triste i comun historia de seduccion, volvió a suplicar a Antonio que la perdonara para poder morir con mas tranquilidad. Un sollozo terrible desgarró el pecho de bronce que ocultaba un corazon tan noble, cuando tuvo que abrir los labios para decir a la infeliz moribunda que no solo la perdonaba, sino que...

Su alma era mui elevada, mui intelijente, pero carecia de palabra i su lenguaje era incorrecto: no pudo concluir su tosca frase con lo que quedaba guardado entre su corazon.

Lo que queria decir era que no solo la perdonaba, sino que la amaba todavía, o volvia a amarla, al tocar de cerca esa inmensa desolacion en aquella alma de niña que habia conocido con tan inmensa felicidad.

A los pocos dias se postró otra vez Jacinta volvió: el cura de T... al valle, reconcilió con Dios i con los hombres aquella alma despedazada, i la acompañó hasta que se fué a la eternidad.

Antonio habia cavado una tumba en la mitad de la casita que habia empezado a construir. Como es un agüero entre las jentes del valle, que no se puede vivir sobre la tierra que oculta un cristiano, comprendieron que, al enterrrar allí a Jacinta, Antonio queria decir que no se concluiria la choza, es decir, que no se casaria.

El lector va a encontrar otra vez que yo soi un fánatico, porque voi a hacerle notar que Perico Ruiz murió en la accion que se dió en 1854, i en que fué tomado el pueblo de T... a las fuerzas dictatoriales, por lo que he mirado su muerte como un castigo de Dios.

¿Comprendeis ahora por qué no quiero revelar dónde queda el valle de... ni el verdadero nombre de T...?

Todavía hai muchas Jacintas en el dichoso vallecito, i yo no quiero que los sabios, los ricos i los hombres de mundo vayan a atormentar a esos pobres simples de espíritu, ni a herir a aquellas avecillas cuyos cantos i alegría son una bendicion de Dios.

JOSÉ MARÍA VERGARA VERGARA.

LOS SARJENTOS DE TAMBO NUEVO.

I.

Los soldados rasos de un ejército son los músculos de acero que imprimen al organismo militar su movimiento gimnástico. El espíritu que los anima es el que pone en movimiento las almas, i da su temple a las armas de una nacion.

Cuando una columna se pone en movimiento al paso de ataque, cuyo compas mide el tambor, cuando las banderas se ajitan i las armas se estremecen obedeciendo a las vibrantes pulsaciones de brazos varoniles, cuando los corazones se encienden i los rostros se iluminan al fuego del entusiasmo que funde a todos en masa compacta, es el valor colectivo el que resplandece en medio de los peligros. Cada soldado es contado como unidad. El conjunto de esas unidades es lo que constituye la fuerza i el valor militar subordinado a la disciplina.

Cuando de entre las filas se destaca una figura extraordinaria, que obedeciendo a los impulsos espontáneos de su corazón hace algo mas que su deber, i lo hace con intelijencia, fortaleza i abnegacion, es la fuerza moral la que obra, es la conciencia humana que se convierte en accion, es el movimiento del alma que se revela, es, en una palabra, el espíritu heróico que se manifiesta.

La antigüedad tenia una corona para cada una de estas acciones señaladas de los soldados, desde la corona cívica que se ganaba salvando la vida de un ciudadano en el combate, hasta la corona de yedra que ceñia las sienes del que primero subia a la muralla.

En los tiempos modernos en que el movimiento de las almas se ha complicado, en que nuevos sentimientos, nuevas pasiones i nuevos móviles morales i materiales obran sobre los hombres, el soldado raso es un sér mas complejo, mas responsable, que se gobierna mas por su propia conciencia que por la recompensa i el temor.

Nada puede suplir en la milicia ese resorte elástico de las almas, que jamas se destemplan en el peligro ni se relajan en la derrota.

No se puede concebir un ejército sin temple moral, sosteniendo una grande i noble causa confiada a sus esfuerzos. Cada cabeza, cada corazón, debe abrigar una idea, un sentimiento, una creencia o una aspiracion superior que lo eleve sobre el nivel comun, i alcance por la combinacion de las fuerzas morales i ma-

teriales, el triunfo del ideal político i social que está en todos i cada uno de los que combaten.

Por eso los ejércitos de la independencia arjentina hicieron triunfar su causa en los campos de batalla, queriéndola, amando la libertad i aspirando a legar a los venideros una patria independiente, libre i feliz.

Empero, al recorrer las pájinas de nuestra historia escrita, se creeria que nuestros fastos militares son pobres de acciones extraordinarias, ejecutadas por simples soldados, obrando por inspiracion propia con heroismo i con conciencia.

Apénas se registran en ella uno que otro hecho en que se ponga de relieve el valor heróico, o se manifieste el sentimiento sublime de la abnegacion deliberada del individuo.

¿Será ingratitud, será olvido, será que realmente este jénero de acciones no está en la índole del soldado arjentino?

Nó. El Creador no negó al barro humano de que está amasado el soldado arjentino, el fuego sagrado de las acciones heróicas, inspiradas por móviles puramente morales.

El mismo olvido en que yacen seria una prueba de ello, si faltaran otras.

Mártires sacrificados oscuramente por ser fieles a su creencia, soldados que cumplieron con algo mas que su deber, sin mas testigos que su conciencia, han ofrecido su sangre en holocausto a los dioses desconocidos del porvenir, sin aspirar siquiera al epitafio anónimo que inmortalizó el heroismo de los que se sacrificaron por las santas leyes de Esparta.

No habian pasado tres años i ya el jeneral Belgrano habia olvidado al escribir sus Memorias el nombre del capitán Raigada, a quien confió en el Tacuary sostener la retaguardia, con una sola pieza de artillería, abandonada cobardemente por oficiales i soldados.

El nombre de Juan Bautista Cabral, que salvó a San Martín la vida sacrificando la suya en San Lorenzo, alcanzó los honores de una inscripcion a la puerta del cuartel, que sus descendientes no respetaron i que la gratitud póstuma no ha restablecido.

Falucho, el negro heróico, que solo i abandonado prefirió la muerte en la oscuridad a la ignominia de presentar sus armas a la bandera del enemigo triunfante, i murió dando vivas a su patria, apénas ha salido de la oscuridad i su nombre no ha sido registrado aun en las pájinas de la historia.

La romanesca accion de los sarjentos de Tambo Nuevo i la muerte heróica de uno de ellos, es otra prueba de lo que venimos diciendo.

La tradicion oral la habia hecho popular, i su nombre, salvado por los recuerdos de los contemporáneos, pasará a la historia a la par de los de Raigada, Cabral i Falucho.

Con estos elementos, con las noticias que nos suministran las Memorias escritas de los contemporáneos, i con las que hemos

podido encontrar en otros documentos de la época, se ha confeccionado este otro episodio de nuestros tiempos heroicos, que ya figura en las páginas de un libro. (1)

II.

Después de la desastrosa batalla de Vilcapugio (octubre de 1813), el general Belgrano, corriéndose por uno de sus flancos con las miserables reliquias de su ejército, estableció su cuartel general en Macha, con el ánimo de disputar al enemigo el dominio del Alto Perú.

A tres leguas de distancia estaba el campo de Ayouma, donde el ejército argentino debía experimentar otro reves mas severo aun que decidiria la campaña.

Mientras tanto, el enemigo, apesar de su reciente victoria, se hallaba reducido a la nulidad. Careciendo de víveres i de elementos de movilidad, se habia refugiado en las alturas, abandonando los valles a los vencidos.

Por su parte, el general argentino se ocupaba activamente en formar un nuevo ejército para librar una nueva batalla, repitiendo estas palabras históricas: "Aun hai sol en las bardas i hai un Dios que nos protege." (2) A su voz los dispersos se reunieron, las poblaciones se insurreccionaron de nuevo, las armas, los víveres i los reclutas afluyeron a su campamento, i hombres, niños i mujeres del pueblo acudieron espontáneamente, trayendo en sus propios hombros sus ofrendas ópimas.

El general Belgrano, aprovechándose de esta buena disposicion de las poblaciones i de la inaccion del enemigo, destacó montoneras i partidas de observacion en todas direcciones, estrechando el círculo de accion de los realistas i ensanchando el suyo. Sobre esta base promovió la guerra de partidarios, procurando interceptar las comunicaciones por el norte. Al mismo tiempo inició un sistema de hostilidades parciales sobre los destacamentos enemigos que aun no se habian reconcentrado a su campamento general en Condo.

Entre los jefes de partidas sueltas, destacadas del ejército patriota, se encontraba el teniente don Gregorio Araoz de La Madrid. Este jóven oficial se habia hecho ya notar entre amigos i

(1) En el núm. 5 del periódico *Padre Castañeta* (1852), se publicó una relacion de la sorpresa de Tambo Nuevo, la cual es mas fantástica que verdadera i adolece de muchas inexactitudes. La que hace el general Paz en sus "Memorias" (t. 1, páj. 138) no es completa, aunque mas exacta que la anterior. Por último, la que hace el general La Madrid, actor de este suceso, en la páj. 30 i en las 32 i 38 de sus "Observaciones" a las Memorias de Paz, aunque mas detallada, es falsa por lo que respecta a la dispersion de la compañía enemiga cuando fué atacada por La Madrid, segun se comprueba con su mismo parte oficial (que él habia olvidado), el cual se encuentra publicado en el núm. 80 de la *Gaceta Ministerial* de 24 de noviembre de 1813 (páj. 482 i 83).

(2) Comunicacion de Belgrano al Presidente de Charcas, Ortiz Ocampo, el 7 de octubre de 1813 (MS.)

enemigos por su valor temerario. Activo i fogoso, La Madrid reunia a las puerilidades de un niño la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz para concebir i ejecutar un plan militar, tenia todas las calidades que se requieren para un golpe de mano atrevido.

El jeneral supo utilizar estas calidades.

Un dia le llamó a su tienda, i le dijo:

—Escoja Ud. cuatro hombres de su compañía i marche a traerme noticias exactas de la vanguardia que está en Yocalla.

Al poco rato volvió La Madrid con cuatro voluntarios.

—Mi jeneral, le dijo, ya estoi pronto, i solo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, para poderle traer las noticias con la exactitud que desea.

—Ud. sabrá proporcionarse el pasaporte, le contestó Belgrano sonriéndose.

La Madrid, guiado por un indio por senderos excusados, i trasnochando con una gran nevada, fué a amanecer sobre el campamento de Yocalla.

La vanguardia enemiga que allí se encontraba, se componia de la division al mando del comandante don Saturnino Castro, que habia decidido la batalla de Vilcapugio. Este oficial, hermano del célebre jurisconsulto arjentino del mismo apellido, era natural de Salta, i a su valor impetuoso, a su destreza en el caballo, i a la audacia de sus correrías, debia él ser reputado por el primer guerrillero del ejército realista. Apasionado de una belleza salteña, lloraba la ausencia de sus amores i ansiaba abrirse el camino de la ciudad natal, o por el triunfo o por la defeccion de la causa del rei, pasion que debia ser mas tarde la causa de su trájica muerte.

Como a cuatrocientas varas del campamento de Castro, se encontró La Madrid con una partida enemiga de cinco hombres que habian salido a hacer la descubierta sobre la nieve. Cayendo sobre ella de sorpresa, la tomó prisionera sin tirar un tiro.

Los cinco prisioneros fueron remitidos al jeneral para que le diesen las noticias exactas que pedia. Dos de ellos pertenecian a los juramentados de Salta. Belgrano los mandó fusilar por la espalda, i cortadas sus cabezas, se les puso un rótulo en la frente, en que se leia: *Por perjuros*.

Las dos cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho dragones, a la avanzada del teniente La Madrid, con orden de colocarlas a la inmediacion del enemigo, para escarmiento de los que habian traicionado la fé jurada, en cuyo caso se hallaba el mismo Castro.

III.

La Madrid, a la cabeza de doce hombres, se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud.

Aconsejándose de su ardor mas que de la prudencia, resolvió, sin pérdida de tiempo, atacar una compañía de cazadores montados, que sabia haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada Tiniguipaya, que era el camino preciso para volverse a aproximar a Yocalla.

En la noche del 24 de octubre, a la cabeza de su pequeño destacamento, se puso en marcha con el ánimo resuelto de sorprender a los cazadores enemigos, que segun las noticias de sus exploradores se habian situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de TAMBO NUEVO.

Para llegar a este punto se hacía necesario remontar una áspera cuesta, flanqueada por dos hondos despeñaderos. La Madrid, que conocia el terreno, hizo adelantar como batidores a los soldados José Mariano Gomez, tucumano, Santiago Albarracin i Juan Bautista Salazar, cordobeses.

Estos tres animosos soldados llegaron al pié de la cuesta, echaron pié a tierra i la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda.

Al pisar la cumbre creyeron oír el relincho de un caballo, i mui luego vieron brillar a la distancia la luz de la posta. Acercáronse mas i distinguieron perfectamente a un centinela a pié, apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras i aproximándose al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas.

A excepcion del relincho de los cincuenta caballos encerrados en el corral de piedra de Tambo Nuevo, ningun rumor llegaba a sus oídos.

Los tres batidores siguieron avanzando, i descubrieron un cuerpo de guardia.

Era la avanzada de la compañía enemiga.

El centinela estaba desprevenido, o dormia, talvez, inclinado sobre su fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared, al cuidado del centinela. En el interior del rancho ardia un candil encima de una manta que servia de carpeta, sobre la cual se veia un naípe. A su alrededor dormian tranquilamente once soldados. A poca distancia, a retaguardia, descansaba el resto de la compañía en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron por inspiracion el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia.

Pensarlo i hacerlo fué la obra de un momento.

Uno de ellos se precipitó rápidamente sobre el centinela, i lo desarmó i rindió, tapándole la boca ántes que pudiese articular un grito de sorpresa. Otro se apoderó de las armas. El tercero colocándose en medio de la guardia con su sable a la dragona i su carabina amartillada, intimó a todos rendicion.

Todos se rindieron sin resistencia, i uno por uno fueron ma-

niatados por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron a bajar la cuesta.

El sarjento de la guardia prisionera aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despeñadero, i fué a dar la alarma al resto de la compañía que dormía tranquila.

Los batidores de La Madrid se incorporaron mui luego a él, i le presentaron once prisioneros i doce fusiles.

Sin trepidar, avanzaron los doce dragones patriotas en busca de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposicion de bajar la cuesta.

Trabóse un tiroteo en la oscuridad de la noche. Los realistas creyéndose atacados por fuerzas superiores, se replegaron a la posta, i fortificándose en el corral de piedra gritaron: *¡Viva la patria!* en señal de rendicion.

Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de los patriotas, i entónces volvieron a romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entónces su retirada, mas pesaroso de no haber tomado la compañía entera que satisfecho de la ventaja obtenida.

Llegados al cuartel jeneral con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensadss por el jeneral Belgrano, con el glorioso título de SARJENTOS DE TAMBO NUEVO, con que han pasado a la historia, para enseñar a los vencedores que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes.

IV.

El enemigo no perdió tiempo en replegarse a su reserva, disculpando su cobardía con la noticia de que habia sido atacado por un escuadron de caballería i dos compañías de infantería.

A consecuencia de este suceso, Castro se replegó sobre su reserva a Condo.

Libre así el camino de Potosí a Vilcapugio, La Madrid pudo buscar el campo de la derrota, donde un mes ántes habian combatido furiosamente patriotas i realistas.

Los cadáveres de los realistas habian sido piadosamente enterrados por sus compañeros. Los de los patriotas permancian insepultos, devorados por los perros i los buitres.

Al frente de un monton de muertos que indicaba el sitio de la derrota del batallon N.º 6, se veian los cadáveres desfigurados de sus comandantes Alvarez i Beldon, que sucesivamente lo habian conducido al ataque i caido valerosamente a su cabeza.

Allí colocó La Madrid las dos cabezas de los juramentados en Salta, recientemente fusilados, colgándolas de altos maderos, hecho lo cual se retiró, colocándose en observacion sobre las alturas.

Veinte dias despues, el ejército patriota era nuevamente de-

rrotado, i la pampa de Ayouma, como la de Vilcapugio, quedaba sembrada de sus cadáveres.

V.

Al terminar el año de 1813, Belgrano se hallaba en Jujuy, ocupado en organizar un nuevo ejército.

Ansioso de tener noticias exactas de las posiciones, fuerzas i planes del enemigo, que avanzaba otra vez triunfante sobre las provincias arjentinas, se acordó de los Sarjentos de Tambo Nuevo.

Llamó al sarjento José Mariano Gomez i dispuso que acompañado de 25 hombres se internase mas allá de la quebrada de Humahuaca, i hostilizando a los invasores, procurase tomar los conocimientos necesarios.

Gomez avanzó hasta Cangrejos, donde se encontró con la vanguardia realista que se componia del grueso de la caballería al mando de Castro.

Desde este punto se retiró Gomez con sus 25 hombres, hostilizando al enemigo dia i noche.

Al llegar al pueblo de Humahuaca, cayó desgraciadamente en una celada.

Conducido a presencia de Castro, que conocia i apreciaba su mérito, le ofreció la vida si prometia servirle con fidelidad.

Gomez, que habia pertenecido al ejército español, de cuyas filas desertó el año XII, contestó que no era capaz de traicionar a su patria ni a sus jefes.

Puesto en capilla para ser fusilado al dia siguiente, conservó siempre su altivez, sin que pudieran quebrantarla ni los halagos ni las amenazas.

Llegó el dia fatal, i dentro del cuadro, i al tiempo de sentarle en el banquillo, se le acercó un ayudante de Castro, ofreciéndole nuevamente la vida si prometia fidelidad.

La respuesta del sarjento de Tambo Nuevo fué digna de la hazaña que le habia merecido este título.

—Dígale Ud. al coronel, contestó, que si quiere saber quien es Gomez, me mande quitar las prisiones, i entregándome mi sable me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Pues que haga la prueba, i verá que Gomez no puede servir contra su patria.

Pocos momentos despues, Gomez caia bañado en su sangre, mártir oscuro de su fé política, sin pensar siquiera que la posteridad recordaria algun dia su nombre con admiracion.

En cuanto a sus compañeros Albarracin i Salazar, mas felices o mas desgraciados que él, se han perdido en la oscuridad de las filas de los soldados rasos, en que combaten i mueren tantos héroes ignorados, dignos de la corona de la inmortalidad.

BARTOLOMÉ MITRE.